

HERNANDO GARRIDO, José Luis: *Patrimonio histórico e ideología. Sobre vandalismo e iconoclastia en España: del siglo XIX al XXI*. Molina de Segura: Nausícaä, 2009, 582 pp.

Escasean los investigadores que, llevados por sus inquietudes, cambien los seguros campos de su especialidad por otros que les resulten extraños. Cuando lo hacen, suelen aportar originales y sugerentes miradas a su nuevo objeto de estudio. Tal es el caso de José Luis Hernando Garrido, acreditado experto en arte e iconografía medieval, que en *Patrimonio histórico e ideología* rebasa los límites de una historia de la destrucción del patrimonio cultural, por motivos ideológicos, para brindarnos una completa narración de la destrucción de símbolos en la España contemporánea.

La obra es hija espiritual de dos hitos en el estudio de la destrucción del patrimonio cultural: la *Historia del vandalismo*, de Louis Réau (1958), y *La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos*, de Juan Antonio Gaya Nuño (1961). Sus páginas se nutren, por otra parte, del fruto de líneas de investigación sobre anticlericalismo, lugares de memoria y símbolos; tratamiento del patrimonio cultural y antropología, entre otras, que se hallan en pleno cultivo.

Inicia el autor su discurso con la voladura de los budas gigantes de Afganistán, perpetrada por los talibanes en marzo de 2001, y concluye con la tan traída y llevada memoria histórica en nuestro país.

Demuestra así que la eliminación de patrimonio cultural por motivos ideológicos (los símbolos deben ser considerados igualmente patrimonio) no es cuestión del pasado ni de lugares lejanos y exóticos, sino que se produce también aquí y ahora.

En medio traza una evolución de la destrucción en España desde el Trienio Liberal, punto de partida de las luchas ideológicas en la España contemporánea. De forma consciente rehuye comenzar en la Guerra de la Independencia, tradicional acontecimiento fundacional de la Edad Contemporánea, para no caer en el tópico argumento que culpa a los extranjeros de la debacle de nuestro patrimonio. Los españoles solitos nos hemos bastado para malbaratar nuestra herencia cultural. Continúa después con los episodios de destrucción ocurridos durante la Primera Guerra Carlista, la desamortización, el Sexenio, la Semana Trágica, la Segunda República y la Revolución de Asturias, hasta llegar al clímax, la Guerra Civil.

A lo largo de todo este periodo la destrucción del patrimonio cultural está estrechamente ligada al anticlericalismo. La Iglesia actuaba como sostén ideológico del poder mediante el control de la educación y las costumbres. No es extraño, pues, que las iras de todos aquellos que quisieran construir un nuevo orden hiciesen blanco en sus bienes.

En este sentido, el libro aborda aspectos de gran interés antropológico (capítulos 13 y 14). El primero de ellos, la relación existente entre destrucción y superstición. Cómo, según ciertos testimonios, muchos causantes de destrozos en imágenes religiosas sufrieron con el tiempo padecimientos horribles, incluso la muerte, similares a los daños que infringieron a las imágenes. Y cómo después algunos de estos supuestos hechos fueron interesadamente revestidos de significado milagroso. Otro punto digno de mención es la sustitución de lo religioso por lo laico, en el tiempo y en el espacio, que tiene su ejemplo más llamativo en las ceremonias laicas inspiradas

directamente en modelos católicos. Repara también en la función simbólica y ejemplarizante de la propia destrucción, ya que, insiste el autor, la intención del iconoclasta es mostrar que el objeto o símbolo eliminado no tenía el poder que se le atribuía.

Descuida, en cambio, otros aspectos importantes a la hora de comprender la mayoría de estos actos. Fundamentalmente, el análisis de las causas: qué provoca las explosiones de violencia que desembocan en la eliminación de patrimonio cultural. Casi siempre la destrucción no es el fin *per se*, sino el resultado de situaciones de conflictividad con origen en graves problemas sociales y económicos. Detengámonos, por ejemplo, en los episodios ocurridos en Barcelona y alrededores en la primera mitad del siglo XIX. Con toda probabilidad, detrás de tales destrucciones estaba la transición del taller a la industria mecanizada y su corolario de desempleo y miseria. En estos, y en otros casos, la destrucción simboliza el deseo de alumbrar un nuevo orden más justo. Del mismo modo, se echa en falta mayor atención a la deplorable situación educativa de nuestro país en el pasado, factor primordial en la génesis de la destrucción del patrimonio cultural: se destruye lo que no se valora, y no se valora por ignorancia. Además, no hay que olvidarlo, la ignorancia ha sido y es caldo de cultivo del fanatismo.

Después de centrarse en la Guerra Civil, etapa de mayor destrucción del patrimonio cultural en la España contemporánea, pasa a estudiar la depuración de monumentos, libros, artistas e intelectuales que encarnaban valores incompatibles con el nuevo régimen victorioso.

Trata, en último lugar, el espinoso tema de la memoria histórica. José Luis Hernando se muestra partidario de mantener los monumentos de la dictadura franquista, estudiándolos y contextualizándolos. Es necesaria, por tanto, una labor pedagógica que demuestre a los ciudadanos que estos bienes son documentos históricos y, por

ende, patrimonio cultural que hay que conservar. Cita el caso paradigmático de un escudo franquista en Gerona. El Ayuntamiento de la ciudad decidió cubrirlo con metacrilato para protegerlo de las agresiones y colocó junto a él una cartela en la que se informaba de su origen y del porqué de su permanencia. En los sitios donde, justificadamente, mantenerlos no sea viable, los símbolos pueden ser desmontados y conducidos a una institución para su conservación y estudio. Será entonces vital que se acompañen de documentación acerca de su procedencia y circunstancias.

Al mismo tiempo, propone Hernando, tenemos que recuperar la memoria de la Segunda República porque representa la tradición culta y cívica de España. Durante la Transición fue necesario cierto olvido para lograr la reconciliación nacional; ahora, con la democracia plenamente consolidada, debemos investigar más sobre la Guerra Civil a nivel local. En todo caso, nunca hay que instrumentalizar el pasado desde el punto de vista político.

Por el camino toca otros temas muy diversos como la salvaguarda de obras de arte durante la guerra, relatando los ímprobos esfuerzos de instituciones y personas, a veces con riesgo de sus vidas, para salvar lo más granado de nuestro patrimonio cultural; los cambios en la teoría de la restauración monumental una vez acabada la contienda, que implican una vuelta a la restauración de estilo; y la polémica en torno al Archivo General de la Guerra Civil Española. Ante esta agria polémica, en la que han terciado mucha política y pocos criterios técnicos, aboga por la entrega de los documentos, puesto que, en opinión del autor, con las reproducciones no se rompe la integridad del archivo como testimonio de la represión. Denuncia, por otro lado, la contradicción entre el interés por estos documentos y la paupérrima dotación de los archivos españoles.

El trabajo, en general, se resiente por un desmesurado interés en la compilación

exhaustiva de episodios de destrucción. Sería deseable una mayor atención a las causas, como ya se dijo, a la clasificación de las destrucciones o a la cuantificación de sus consecuencias. Es éste un defecto común a muchos libros sobre desaparición del patrimonio cultural; véase, por poner un ejemplo, la monumental obra de Francisco Fernández Pardo *Dispersión y destrucción del patrimonio artístico español* (2007). Quizá sea porque nos encontremos en un primer estadio de la investigación, la correspondiente al inventario, y haya que esperar a un segundo momento de síntesis y conclusiones.

En relación con esto, la obra aporta a la investigación sobre el tema un completo estado de la cuestión y una herramienta de orientación bibliográfica, imprescindibles para futuros trabajos. Para la sociedad en general, el libro de José Luis Hernando es una descarnada a la par que irónica advertencia de lo que no debe ocurrir con el patrimonio de todos.

José Luis Hernández Luis